

la frente, y le dijo: «Vamos, amigo mío, un poco de buena fe.» Al instante se reconoció, cayó de rodillas, confesó delante de todos su falta, y pidió perdón y misericordia, que le fueron concedidos generosamente.

La Madre de Chantal concedió la misma gracia á otros muchos arrendatarios, que habiéndose descuidado por largo tiempo en pagar sus rentas, se encontraban en la imposibilidad de hacerlo por haber subido mucho la suma de lo que debían. En todos estos arreglos jamás hablaba por sí misma, y para nada se nombraba. «Debéis á mis hijos tal ó cual cosa,» decía, ó bien: «Iremos mañana á Bourbilly, á la tierra de mi hijo.» Parecía una difunta que sobrevivía á sí misma para arreglar su sucesión. Examinó los títulos de las tierras y castillos de sus hijos, arregló los contratos y los libros, y se aseguró por sí misma de que todo estaba en buen orden; muchas veces iba á caballo en un sólo día de Monthelón á Bourbilly, aunque hay diez ó doce horas; y no se sabía qué admirar más en nuestra Santa, si su actividad ó su destreza y sabiduría.

Como Celso Benigno era aún muy joven, y no debía habitar tan pronto en el castillo de Bourbilly, hizo vender una parte de los muebles que podían echarse á perder, no dejando más que algunos cuartos amueblados; lo mismo hizo en Monthelón, que se había adjudicado á Francisca. En una palabra, no dejó la Borgoña hasta que los negocios de sus hijos quedaron enteramente arreglados, saldadas las cuentas, y los castillos de Bourbilly, de Monthelón y Thotes provistos de mayordomos inteligentes, etc., etc. Hasta la mayor edad de sus hijos se hizo dar cada año una cuenta exacta de las rentas y de las deudas, y desde el retiro de su monasterio vigiló su fortuna con tanta inteligencia, que la duplicó en pocos años.

Este viaje no fué sino de seis semanas. Había salido de Annecy al fin de Junio, y estaba de vuelta á media-

dos de Agosto. Pero la rapidez con que le había hecho, las fatigas que había sufrido, el mucho calor sobre todo, tan perjudiciales á su temperamento sanguíneo, la produjeron una calentura que, aunque al principio no era alarmante, puso su vida en mucho peligro. San Francisco de Sales entró en el monasterio, y viéndola tan pronta á su fin, hizo que el señor cura de San Mauricio trajese las reliquias de San Blas, oró un poco de tiempo, y las aplicó á la enferma, que al instante quedó sana. La Hermana Fichet dijo entonces un poco alto: «Verdaderamente no era necesario ir á buscar en la Armenia un santo del cuarto siglo. Su Ilma. hubiera curado muy bien á nuestra Madre sin aplicarla estas reliquias.» El Santo lo oyó, se avergonzó, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Reprendió severamente á la Hermana, y le impuso de penitencia pedir perdón al Santo mártir, y ayunar por tres años la vispera de su fiesta.

Mientras tanto, los Santos Fundadores se ocupaban en edificar un monasterio. La nueva casa, aunque más grande que la de la Galería, era, sin embargo, pequeña. Por otra parte, era una casa y no un monasterio. Lo mismo que la idea de Dios creó la Iglesia, la idea de la vida religiosa creó el monasterio. Es un edificio particular, que nada puede reemplazar, ni el palacio ni la choza. Se escogía el lugar para edificarlos, según las leyes invariables, pero especiales, de cada Instituto. Se trazaba el plano conforme á ideas profundamente simbólicas; se levantaban las paredes en medio de la oración. El silencio guardaba las entradas, y creaba, en medio de las ciudades más tumultuosas, soledades, cuya paz ni aun sospechará nunca el mundo.

Mas antes de poner la primera piedra de un monasterio de mujeres, nunca se olvidaba, en aquellos tiempos antiguos en que las leyes eran á menudo tan impotentes, escogerle un protector. Este era algún señor piadoso y respetado, á cuyo honor se confiaba el guar-

dar la casa de las vírgenes, á menudo expuesta en aquellos tiempos de anarquía. En cambio de esta protección, las religiosas se obligaban á rogar diariamente por aquel que con su espada mantenía su tranquilidad. Su esposa y sus hijas tenían celdas en el monasterio, y podían retirarse á ellas para hacer ejercicios y dejar por algún tiempo la disipación de sus castillos y de su corte. Después de su muerte, el señor, su esposa y sus hijas venían á descansar bajo las losas del coro de las religiosas, y se les encomendaba á Dios perpetuamente.

Estas antiguas tradiciones subsistían aún en el siglo XVII, y San Francisco de Sales y la santa Madre de Chantal se resolvieron á escribir á S. A. la Infanta Margarita de Saboya, viuda del Duque de Mantua, para suplicarla aceptase el título de protectora de su nueva Congregación, y se dignase «ser su Patrona, Señora y Madre, á fin de que—añadían—á la sombra de vuestro nombre y del favor de vuestra piedad y caridad, puedan las religiosas vacar á las cosas celestiales con tranquilidad y sin turbación por dentro ni fuera (1)».

La Duquesa de Mantua y su padre el Duque de Saboya, á quien igualmente se había escrito, respondieron á los Santos Fundadores con cartas llenas de piedad y de benevolencia. Se creían muy felices pudiendo contribuir á una obra tan agradable á Dios, y se recomendaban mucho á sus devotas oraciones (2). El Duque de Saboya, Carlos Manuel, envió al instante al Senado una carta-orden, con fecha del 17 de Mayo de 1614, llena de palabras muy afectuosas para la nueva Congrega-

(1) *Cartas de San Francisco de Sales*, 18 de Septiembre de 1613. En la edición de Blaise, esta carta es de fecha 18 de Septiembre de 1614, pero esto es una equivocación.

(2) *Fundación manuscrita de Annecy*. (Véase el texto de las cartas de Carlos Manuel á San Francisco de Sales y á la Madre de Chantal, con fecha 22 de Diciembre de 1613, así como la carta de la Infanta Margarita á la venerable Madre de Chantal.)

ción, y mandó al marqués de Lans la favoreciese en todas ocasiones.

Por su parte, Enrique de Saboya, su hijo, Duque de Nemours y del Genovesado, cedió á San Francisco de Sales un lugar tanto más á propósito para edificar el monasterio, cuanto que lindaba con la casa que habían comprado. Era un extenso terreno, situado en las orillas del canal, y atravesado por las aguas que vienen del lago. Para que las religiosas pudieran aprovecharse del agua, permitió levantar á la entrada y salida arcos y celosías, que se tendrían cerradas, y por donde no se permitiría pasar sin necesidad. Previó también, con la delicadeza de un cristiano, cuánto incomodarían al monasterio los baños y paseos que había en este lugar en tiempo de verano, y los prohibió bajo las penas más severas. En fin, atendiendo á la pobreza de la Congregación, cedió para el culto de su iglesia las rentas de su capilla de la Roche.

Habiendo la Divina Providencia arreglado así la fundación del monasterio, San Francisco de Sales fijó para el 18 de Septiembre de 1614 la bendición de la primera piedra. La Duquesa de Mantua, que debía ponerla solemnemente, no pudo hacer el viaje, y envió para que la reemplazase á la Condesa de Tournon, encargándola entregase á los Santos Fundadores una grande y hermosa Cruz de cristal, enriquecida de pedrería para la nueva iglesia.

San Francisco de Sales ofició de Pontifical en la ceremonia; él mismo bendijo la primera piedra, en la cual había hecho grabar la siguiente inscripción:

D. O. M.

JESU CHRISTO

SANCTISSIMÆ MARIE VIRGINI VISITANTI

CAROLO EMMANUELE SABAUDIÆ ENRICO GEBENNENSIS DUCIBUS

ANNO MILLESIMO SEXCENTESIMO DECIMO QUARTO

DECIMA OCTAVA SEPTEMBRIS

MARGARITA INFANTE SABAUDIÆ, VIDUA DUCIS MANTUÆ, PROTECTRICE

FRANCISCO EPISCOPO

CONGREGATIONIS SORORUM OBLATARUM VISITATIONIS DEVOTIONIS

SACRUM (1).

No obstante, la protección de esta ilustre familia no hizo desaparecer todos los obstáculos. Para ensanchar suficientemente sus construcciones, los Santos Fundadores hubieran querido un jardín contiguo á la casa; pero por más ventajosas que fueron las condiciones que propusieron á los dueños, éstos las rehusaron obstinadamente. «Nuestras Hijas de la Visitación—escribía San Francisco de Sales—harán su casa con incomodidad, pero se contentarán voluntariamente, y digo más: se alegrarán, porque no puede ser otra cosa. Y además saben que no está fuera de propósito que las esposas de Aquel que no tuvo casa, ni hogar, ni lugar donde descansar su cabeza no estén tampoco alojadas cómodamente. Como ya sabéis, mi amado Padre, la Madre que gobierna esta bendita tropa aprendió también á buscar su verdadera morada y descansar en el monte Calvario, que cualquier otro lugar de la tierra le parece demasia-

(1) A Dios óptimo y máximo, á Jesucristo y á su Santísima Madre, con el título de la Visitación.

Reinando Carlos Manuel, Duque de Saboya, y siendo Enrique de Saboya Duque de Nemours y del Genovesado, el día 18 del mes de Septiembre del año 1614, bajo la protección de Margarita, Infanta de Saboya, viuda del Duque de Mantua, y durante el Episcopado de Monseñor Francisco, presente y oficiante en esta ceremonia, se colocó y bendijo esta primera piedra, monumento consagrado á la devoción de la Congregación de las Hermanas oblatas de la Visitación. (*Traducción de San Francisco de Sales.*)

do bueno. No tiene, pues, sentimiento ninguno por la negativa, sabiendo que las peregrinas que deben vivir algún tiempo en esta casa, no debiendo pasar en ella sino la noche de esta vida, serán, Dios mediante, tan atentas para alcanzar un lugar en la hermosa vivienda de la ciudad santa, que todo lo demás les será indiferente; y, en fin, mi muy querido Padre, nosotros somos hijos de la Providencia celestial; Dios tendrá cuidado de sus siervas según su beneplácito; es menester tener paciencia. *Qui seminant in lacrymis, in exultatione metent.* Así, los rosales producen primeramente las espinas, y luego las rosas (1).»

Esta encantadora dulzura hubiera debido acar las más violentas oposiciones. Pero cuanta mayor condescendencia manifestaban los Santos Fundadores, más se aumentaba la insolencia de sus enemigos. Hubo en este tiempo algunos habitantes de Annecy que, furiosos al ver levantarse las paredes del monasterio, tomaron por empeño detener la obra por todos los medios posibles, ya echando á los trabajadores á pedradas, ya escondiendo las herramientas, dispersando los materiales y aun pagando gente para que por la noche destruyese los diques del canal, á fin de inundar los cimientos. Un día vinieron á toda prisa á buscar á San Francisco de Sales y decirle que un pícaro, armado con hacha, rompía la presa que la humedad del terreno había obligado á construir. El Santo Obispo acudió al momento á la obra, y viendo que su presencia no contenía aquella audacia, con su incomparable dulzura, sin cambiar su fisonomía ni alzar la voz, dijo por tres veces al que tenía el hacha: «Amigo mío, os ruego que dejéis eso.» Y como éste hiciese que no le oía, le tomó con dulzura el hacha de la mano, y con rostro firme, y juntándolo á la dulzura una majestuosa autoridad, le reprendió

(1) *Fundación manuscrita de Annecy, pág. 26.*

fuertemente, haciéndole entender que, si ignoraba hasta dónde llega el poder de un Obispo, se lo haría saber por experiencia. El culpable estaba temblando delante del bienaventurado, y cuando se retiraba avergonzado, uno de los capellanes del Santo le gritó: «Ven, ven luego á Sales á pedir cartas de recomendación, que ya te las daremos.»—«Sí, sí—replicó con prontitud San Francisco de Sales, volviéndose hacia el eclesiástico,—las tendrá siempre que se porte bien. Señor de N., ¿cómo olvidáis las máximas de Jesucristo?»

San Francisco de Sales entró después de esto en el locutorio, donde le esperaba la venerable Madre de Chantal, y la confesó que este atrevimiento le había conmovido; que le había sido preciso tomar su corazón con las dos manos, como si fueran riendas, para que no se moviese sino con mucha justicia. Con lo cual llenó de admiración á cuantos allí estaban y habían visto brillar en esta sola acción, reunidas la mansedumbre y la majestad, con la fortaleza y la dulzura.

Queriendo aquel desgraciado, como lo hacen generalmente los culpables, excusar su falta acusando de ella al Santo, contó en todas partes que éste se había encolerizado mucho contra él, y lo dijo particularmente á un eclesiástico muy amigo del Santo Obispo. «Verdaderamente he reído de muy buena gana—respondió el Santo—cuando al final de vuestra carta he visto os habían dicho que yo me había encolerizado mucho, y añadís: «No ocultéis la verdad á vuestro hijo, que está »perplejo acerca de este asunto.» ¡Oh hijo mío! Si el que os ha informado de mi cólera no hubiera tenido más que yo, no tendríais pena por vuestro pobre padre; sin embargo, yo os suplico que cuando volváis á verle le abracéis por mí y le deis doble limosna, porque os aseguro que no le falta de todo punto razón. Soy un hombre miserable y sujeto á pasiones; pero gracias á Dios, desde que soy Pastor no digo nunca palabras de cólera

á mis ovejas... Es verdad que me conmoví, pero reprimí mis emociones y confesé á nuestra querida Madre mi debilidad, la cual tampoco dijo una palabra que hiciese conocer sentimiento alguno de pasión. Y eso que me parece debo deciros que cualquiera pensaría que estas buenas gentes tienen gusto en darla frecuentes motivos de mortificación que bebe insaciamente. Pero decidme, amado cohermano, ¿qué mal hemos hecho nosotros á ese buen hombre? ¡Ay! Ni nuestra Madre ni yo pretendemos más que hacer una colmenita mediana, y conforme á nuestros designios para alojar á nuestras abejas, que no cuidan más que de recoger la miel en los sagrados y celestes collados, y no piensan en la grandeza y hermosura de su colmena. Verdad es que cuando miro á nuestra Madre y á sus hijas, *Gratias ago ei qui me confortavit in Christo Jesu Domino nostro*. Doy inmensas acciones de gracias á Aquel que me ha fortificado en Jesucristo, mi Salvador (1).»

Mientras tanto, á pesar de todos los obstáculos, la obra se acabó; la capilla se bendijo solemnemente hacia el fin de 1614, y al principio de 1615 las Hermanas estaban instaladas en su nueva casa en número de veintiséis: dieciocho profesas y ocho novicias.

Edificado el primero de todos los monasterios de la Orden, dirigido durante diez años por San Francisco de Sales, treinta y uno por la Santa Madre de Chantal, y habiendo tenido la felicidad, después de la muerte de los dos Santos, de poseer sus sagradas reliquias, que aún conserva, el primer monasterio de Annecy ha ejercido en la Orden una grande influencia. Aunque no se le dió, como diremos después, ninguna autoridad sobre las demás casas, ha sido, si no su cabeza, al menos su corazón, su centro y el lazo de su unión. Se le da un nombre que caracteriza perfectamente su posición en la Orden,

(1) *Fundación inédita del primer monasterio de Annecy*, pág. 8.

su género de influencia amable y dulce; este nombre es *Sainte Source*, la Santa Fuente ó Santo Origen. En España se le llama la Santa Cuna. Jamás se ha suscitado duda alguna respecto á la interpretación de las reglas y costumbres en que no se haya recurrido á este monasterio, persuadidos los demás de que allí se debía encontrar la más fiel memoria de las palabras é instrucciones de San Francisco de Sales y de la Madre de Chantal; persuadidos, sobre todo, de que en donde descansan los cuerpos sagrados de los Santos Fundadores, allí está también su espíritu. Por su parte el monasterio de Annecy no ha cesado de justificar, por su sabiduría, moderación y fervor, la confianza que toda la Orden ha tenido y tiene en él. Nunca se le ha visto aspirar á mando alguno, y jamás se ha mostrado indiferente á ninguno de los grandes intereses de la Orden; en muchas ocasiones ha tomado la iniciativa más juiciosa y feliz, por ejemplo, cuando la canonización de la santa Madre de Chantal, y después, cuando la publicación de las obras de la Santa y la alteración de sus cartas por los Jansenistas. A este espíritu de sabiduría, de moderación y de humildad por una parte, y por otra á este espíritu de dulzura y unión, á esta fidelidad á la memoria de los Santos Fundadores, es á la que debe la Orden de la Visitación, haber dado al mundo el hermoso espectáculo de una Orden extendida por todo el universo, sin superior general, visitador, ni capítulos anuales, y, sin embargo, viviendo en la unidad más estrecha, atravesando tres siglos, ¡y qué siglos!, sin haber tenido necesidad de reforma, y conservando en casas aisladas tal semejanza de ideas, usos, reglas y modo de obrar y de ver, que no creo haya habido nunca en la Iglesia un ejemplo más estupendo y admirable.



CAPÍTULO XVI

Fundación del segundo monasterio, en Lyon.— De qué modo se vió obligado San Francisco de Sales á cambiar todos sus planes.

1615—1616 (1)

HACÍA poco tiempo que el nuevo monasterio de Annecy estaba habitado, cuando una mañana paró un coche á su puerta, y se vieron bajar cuatro ó cinco señoras y señoritas francesas. A una se la conocía al instante como religiosa del Paraclito; las otras llevaban el vestido negro, las mangas cortas, la

(1) Casi todos los documentos que nos han servido para componer este importante capítulo, son inéditos. Los principales son: 1.º *La fundación del segundo monasterio de la Visitación de Santa María, en la ciudad de Lyon (Francia), establecido el 2 de Febrero de 1615.* El autor es la Madre de Chaugy. Su manuscrito autógrafo se guarda en los archivos de Annecy. 2.º Dos Memorias intitulada la una: *Memoria de Dionisio de Marquemont, Arzobispo de Lyon, acerca de los inconvenientes de dejar la Visitación en forma de simple Congregación.* La otra tiene por título: *Respuesta del Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra á una Memoria que le ha sido presentada por Dionisio de Marquemont, acerca de las mudanzas que deben hacerse en la Visitación.* Tenemos dos ejemplares de la primera Memoria: uno se conserva en la Visitación de Annecy; otro, de mano de la Madre de Chantal, estaba en la Visitación de Turín. En cuanto á la respuesta de San Francisco de Sales, la Visitación de Annecy tiene una copia muy antigua, aunque no es de mano del Santo. 3.º *Vida de la señora de Auxerre, fundadora y primera novicia del monasterio de Lyon (en el claustro Sor María Renata Trunel).* Esta Vida, escrita también por la Madre de Chaugy, se encuentra en las *Vidas de las Viudas*, reimpresas en nuestros tiempos por el Sr. D. Carlos d'Hericourt; París, Gaume, 1860, un vol. en 12.º